



Saludo del H. Superior General a los Peregrinos venidos a Roma para la Beatificación de los Hermanos Mártires en España

Queridos Hermanos y miembros de la Familia Lasalina, venidos todos de los diferentes lugares de nuestra geografía lasaliana (y en particular de la querida nación de España).

Sed todos bienvenidos a nuestra Casa Generalicia de Roma; la casa común de todos los que compartimos el carisma de San Juan Bautista de La Salle, donde guardamos y veneramos sus reliquias y donde hacemos memoria de todos los Santos y Beatos de nuestro Instituto. Ellos nos precedieron en la fe, una fe puesta a prueba tanto en el cotidiano vivir como en la muerte más irracional y violenta que podemos imaginar.



Tras la Eucaristía de Beatificación en la plaza de San Pedro nos reunimos en familia para festejar esta efemérides y ofrecer nuestra particular acción de gracias al Señor.

Nuestros Hermanos mártires sirvieron a Dios, entregados a la hermosa misión de la educación cristiana de la infancia y la juventud pobre, allá donde la obediencia les había enviado. Consecuentes con su consagración total a Dios no temieron tanto la muerte como para renegar de su fe en Dios y ocultar su identidad de religiosos consagrados. Fueron injustamente, acusados, engañados, encarcelados y ejecutados en un momento histórico de persecución religiosa. Murieron perdonando y amando a todos, como lo habían hecho seguramente durante su vida.

Contamos con documentos y escritos personales de nuestros Hermanos, tras ser condenados a la muerte y tenemos testimonios innegables de familiares, ciudadanos y antiguos alumnos de las diversas localidades donde vivieron estos Hermanos. Ellos les conocieron personalmente y todos confirman su virtud y su buen hacer. Es posible que la vida diaria de alguno de ellos no aparentara ser nada excepcional. Su quehacer diario pudo transcurrir entre momentos de oración, de vida de comunidad, de enseñanza en la escuela, de catequesis, con grupos de piedad o comprometidos en diversas actividades culturales. Pero cuando la muerte llamó a las puertas de su vida, por el hecho de ser cristianos y religiosos, les halló preparados para dar la más alta respuesta de entrega total e

incondicional, en imitación de su único Maestro, Cristo, el Señor, condenado injustamente, crucificado y Resucitado.

La muerte de nuestros mártires no debe ser para nosotros únicamente un recuerdo doloroso y amargo, y mucho menos rencoroso u hostil. Comprendemos las circunstancias históricas que llevaron a este cruento suceso y como ellos, los mártires, tampoco nosotros condenamos a nadie. Pero sí deseamos con toda el alma que nada parecido vuelva a suceder nunca ni en España ni en ningún lugar. Desgraciadamente el martirio no es una cosa de los primeros siglos del cristianismo ni del momento histórico que ahora recordamos. También en nuestros días sigue habiendo cristianos que son perseguidos y asesinados por su opción de vida, por anunciar el evangelio y defender la causa de los pobres.

Sigue habiendo lugares en el mundo donde algunos, desde el poder militar, político, económico e incluso religioso, se creen dueños de la vida de los demás y justifican su muerte en nombre de la defensa de una ideología, de una fe o de un modelo de sociedad a la que ellos pertenecen o se han inventado. El otro, es ese supuesto peligro que, como en el caso de Jesús de Nazaret y de todos los mártires cristianos, hay que erradicar porque estorban a los proyectos fundamentalistas de cualquier signo.

Creo que la educación que impartimos en valores humanos y cristianos en nuestros centros educativos lasalianos es el mejor antídoto para un mundo violento y para construir la paz, la tolerancia y un profundo e incondicional respeto por la vida.

Nuestros mártires son un regalo para el Instituto, pero también para la Iglesia y para el mundo. Ellos nos indican el camino a seguir e imitar: Vivir para los demás, morir antes que renegar de la propia fe.

A todo ustedes, gracias por venir a esta casa a compartir la alegría de la beatificación de nuestros nuevos 58 Hermanos mártires. Su Beatificación hará que, más allá de que sus nombres permanezcan escritos en las hojas amarillentas de la historia, su testimonio quede gravado en la memoria de la fe de la Iglesia y que cada una de sus vidas brille para siempre, como estrellas por toda la eternidad.

¡Viva Jesús en nuestros Corazones!